

Orquesta Nacional, bajo la dirección de Eduardo Toldrá, con la colaboración de Alicia de Larrocha

Con el primer concierto de la Orquesta Nacional, celebrado el pasado viernes en la insustituible sala del Palacio de la Música, podemos decir que la temporada de conciertos queda inaugurada oficialmente. La gran sala, rebosante de público, ofrecía la brillantez y alegría de las inauguraciones, en las que siempre queremos ver presagios y promesas de gratas y esperadas realizaciones.

El maestro Toldrá ya no lo consideramos como director forastero, sino que le tenemos por algo entrañablemente nuestro, de aquí, y porque hemos analizado repetidamente su ma-

nera de comprender y dirigir, sería vano el comentario minucioso. Sin embargo, no es fácil renunciar al gozo de señalar que este maestro no cesa en su evolución y ofrece siempre la bella realidad de una constante superación: podrá discutirse esta o aquella de sus interpretaciones (¿por qué no y qué mal habría en ello?), pero lo que es evidente es que en Eduardo Toldrá tenemos la brújula musical más segura y sensible de la actualidad.

Junto con la realización plástica de la interpretación musical de un director de orquesta, que se traduce en gestos, poses, ademanes, etc., llega al público, en primer término, la concepción de los movimientos de este mismo director. Por ello se suele discutir con acritud si este "allegro" es más aprisa o más despacio o si aquel "andante" es más despacio o más aprisa. Vicisitudes que, en realidad, y no excediendo de ciertos límites, no tienen una especial importancia, ya que son debidas al propio temperamento del artista, a sus concepciones musicales, educación recibida, tradiciones a las que se somete voluntariamente o no, país de origen, etc. Sin embargo, debe presidir en esto, como en todo, no sólo el impulso creador, que es lo que, en resumidas cuentas, vivifica la interpretación de la música, sino la reflexión, que nos pone a cubierto de dos peligros: el primero de ellos, de índole exterior, y el segundo, interior y más grave, porque entraña el ritmo de la prescripción musical. Es evidente que uno de los topes de un "allegro" o de un "largo" será no sólo la certeza histórica que poseemos de la imposibilidad de ejecución de ciertos pasajes en la época en que la obra fué concebida, sino incluso la casi imposibilidad de esa misma ejecución, en condiciones fáciles en la actualidad. Traspasar, pues, lo que podríamos llamar fronteras del mecanismo fácil tendrá como consecuencia una cierta angustia en la ejecución de toda obra que vive fuera de sus propios límites, es decir, en extranjería de ejecución. Esta es la consecuencia exterior a que me refería.

La interior se desprende de que, si es cierto que musicalmente nada se puede oponer a convertir un "allegro spiritoso" en un "vivace", pueden surgir, tras la iniciación del tema, trazos, y lo que es más grave, otros temas que obliguen, a pesar de la propia concepción y voluntad de un intérprete, a moderar el "tempo" inicial de aquella obra. La fatal consecuencia ha de ser la ruptura de la construcción rítmica de una obra y, por ende, su carencia de continuidad lógica, ya que pasados aquellos accidentes, vuelve el intérprete y vuelve con más ansia a recobrar el "tempo" perdido, parejamente al corredor que se siente en retraso. Por ello se puede disentir de la interpretación dada por Eduardo Toldrá a la "Sinfonía de Londres", de Haydn, como también de la obertura de Aleró, si bien la extraordinaria musicalidad del maestro nos debe imponer prudencia y cautela en el juicio.

"El pájaro de fuego", que cerró el concierto, tuvo una interpretación tan brillante como sensible, y esta obra nos marcaría, comparada con la última versión que le oímos a Eduardo Toldrá, aquella gozosa y constante ascensión del maestro a la que nos referimos al principio de esta crónica. Por último, y esto es lo que más vale, del conjunto de la actuación de Toldrá guardamos siempre la impresión de algo viviente, alegre, brioso y juvenil, musical siempre.

Una de las pianistas catalanas de mayor prestigio: Alicia de Larrocha, interpretó el "Concierto en sol mayor", de Beethoven. Firmísima de técnica y de excelente musicalidad, acertó a dar una versión ponderada y justa de este concierto, que por su complejidad constructiva y dilatadas proporciones presenta grandes dificultades al intérprete. La perfección del conjunto entre solista y orquesta realzó más todavía la belleza de esta obra, en la que Beethoven ha dejado temas de una gracia y poesía que el tiempo no borra. El halagüeño éxito obtenido por Alicia de Larrocha le obligó a tocar fuera de programa una "Escocesa", de Beethoven.

La Orquesta Nacional, sumisa a las indicaciones del maestro Toldrá, sonó con gallardía y plenitud y se hizo, una vez más, acreedora a las ilusiones que en ella hemos depositado todos los que en el presente y en el porvenir sinfónico de España tenemos parte y aun un poco de arte.

Al despedir al maestro Toldrá sólo un deseo nos acucia: que vuelva pronto.